

42,195

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

42,195

Son las 9 h. de la mañana, es abril y me encuentro rodeado de una multitud en pantalón corto, que se están moviendo para estirar los músculos y no tener frío porque, aunque es una mañana primaveral suave, tampoco es como para estar en camiseta de tirantes y pantalón corto. Algunos llevan una cinta como de toalla, alrededor de la cabeza, que abriga poco, aunque absorberá el sudor cuando los... 35.000 corredores, según han dicho por megafonía, nos pongamos en marcha. Y tenemos por delante, algo más de 42 kms., para hacer este maratón, que es el alter ego del que, dentro de unos meses, tendrá lugar en Nueva York pero para entonces, nosotros estaremos en nuestra vida habitual, habiendo casi olvidado nuestro sueño cumplido hoy: formar parte de una masa de gente que siente necesidad de correr así, como si todos nosotros formáramos un sólo ser vivo y, cada uno fuéramos una de sus células. Y es que, aquí, sí que me parece que tengo muchos amigos.

Mi ilusión, sería estar en el otro, en el emblemático de los maratonistas: en ese de Nueva York. Empezar frente al puente de Verrazano-Narrows, cruzando hasta Staten-Island, con esa fortísima y larga subida en el puente, nada más comenzar la carrera. Esa sería mi meta: formar parte también de la masa de sus 50.000 corredores y sentirme en esforzada comunión con ellos. Pero no es un sueño barato.

Pero bueno, éste en el que estoy como cada año, también me pone la piel de gallina cuando me siento entre todos los participantes, con la misma idea final de acabar el recorrido. Ganar, es otra historia.

Lo reconozco, soy un tipo solitario y no tengo amigos. Tengo familiares, compañeros de trabajo, vecinos. Pero no, amigos. No sé si es porque no les necesito, o porque ellos no me necesitan a mí. Pero..., como diría mi madre: "Total que..., el uno por el otro, la casa, sin barrer".

Hace diez minutos, me he puesto a hablar con unos japoneses que habían venido desde Osaka (o como lo decían ellos: Ó-saká, con ese hablar siempre ceremonioso que tienen), sólo para correr en Madrid (es su ilusión cumplida, como la mía incumplida es Nueva York), en este país exótico que es España, y he estado hablando como si les conociera de toda la vida. Y nos hemos contado en cinco minutos, un poco nuestras vidas. Y como ellos hablaban mal el inglés y yo, también, pues nos hemos entendido a las mil maravillas. "Ta-pás, gamón beiota y vinó", era su otra ilusión para esta tarde. Y cuando han anunciado que era inminente el disparo de salida, yo me he abrazado al que era el más simpático y se ha

quedado parado, algo sorprendido y como diciéndome: "porque eres español, que si no...". Supongo que a ellos, en la agencia de viajes que les ofrece el paquete del "Maratón de Madrid-Spain", ya les habrían advertido de que no se tomaran como una invasión de su territorio, las muestras de afecto tan cercanas que para nosotros son normales. Así que, instantes después me han sonreído, un poco forzados, y me han hecho su saludo con reverencia y una frase que me ha sonado a algo así: "ohayo-gosaimás", seguido de un good morning, para aclarar el significado de su despedida primera, en japonés. Yo les he dicho "adiós", que han repetido, "á-dioss".

También he hablado con unos hombres de Kenia, de tez muy negra y mate, delgados y algo bajos, que ya los había visto en pruebas anteriores y casi siempre, en los puestos de cabeza, cuando no en el podio. Muy sonrientes y felices de estar en esta prueba que parece que está hecha a su medida. Algunas veces que he corrido a la par, el tiempo que me han dejado con su zancada constante, me he quedado maravillado de que dan la sensación de ausencia de sufrimiento en su esfuerzo, algo que sí que se nota en los demás corredores no africanos.

Me comentaban que ellos venían patrocinados por el Ministerio de Deportes de su país ya que no contaban con medios para costearse los gastos de traslado y estancia. La verdad es que estos hombres son todo un referente para los que practicamos pruebas de mucha resistencia, como el maratón. Y me gusta hablar con ellos (su inglés, también es muy español), porque son gente humilde y no le dan mucha importancia a lo que hacen, sólo que les permite tener unos ingresos extra por llevar el nombre su país, por medio mundo. Pero luego siguen teniendo que continuar con sus vidas, con sus empleos inseguros y mal pagados, cuando regresan a Kenia. También los siento como amigos, en medio todo este gentío apuntado a sufrir durante más de dos o tres horas, sin más recompensa que el haberlo logrado, otra vez.

Por megafonía, advirtieron que la salida era inminente y todos nos pusimos serios para comenzar la carrera. Mis keniatas de sonrisa franca y fácil, se colocaron delante y uno de ellos, me hizo un guiño con su ojo, para indicarme que me colocara detrás de ellos e intentara seguir su ritmo constante. Los japoneses, quedaban un poco a mi derecha y me saludaron con la mano al verme de nuevo, levantando uno de los pulgares, para darme ánimos. Es lo que tienen los amigos, que están ahí en los momentos difíciles. Y justo a mi lado, dos chinos, bajos y delgados como si hubieran comido poco de pequeños, daban sus últimas caladas a los cigarros que apuraban. Les hice un gesto de amistoso reproche porque estuvieran fumando antes de la prueba pero ellos dijeron, sólo: "Good..., good...", y se rieron. Yo, les devolví una tos imaginaria que sería el resultado de su adicción, pero volvieron a sonreír y se reafirmaron en "no..., no..., good... good..., for relaxing run". "Qué cabrones..., para

relajarse dicen...", pensé yo.

El disparo de salida sonó seco, y aquella masa formada por 35.000 vidas distintas, y otras tantas motivaciones, se puso en marcha, como sin prisa. Los espectadores, la mayoría familiares de muchos de los que allí corrían, comenzaron a aplaudir y a gritar los nombres de ellos: "¡Mira, Carlitos..., allí va papá, allí va papá... dile adiós...!". Y Carlitos, que no tenía más de tres años, sacaba su manita gordezuela y, como hacía su madre, la agitaba para llamar la atención del padre, que era uno más en aquél bosque que desplazaba sobre el asfalto.

Avanzábamos por el paseo de la Castellana, arropados por todos los curiosos apostados en las aceras, con sus aplausos y, yo, sin separarme de los keniatas... mientras pudiera. Lo chinos, a pesar del tabaco, se habían ido para adelante y un grupo de chicas españolas, fibrosas y duras de pelar, corrían en mi lado izquierdo. Una de ellas, menuda y, como casi todos, con el móvil atado a su brazo, se quedó próxima a mí y me comenzó a hablar.

- "¿Ya has corrido más veces esta prueba?", me dijo.

- "Sí, cada año desde..., no me acuerdo pero, sí..., muchas veces. Y tú?"

- "Yo no, es la primera vez que la corro. Siempre he hecho medias maratones, pero este año me he animado a hacer el completo. ¿Se aguanta bien?. Bueno, soy, Yolanda, y he venido desde Valladolid con estas amigas", me aclaró.

- "Yo me llamo Juan. Pienso que, por tu constitución, que sí que la podrás aguantar, aunque dar el salto del medio maratón, al completo, ya es una hazaña. Si quieres, sigue mi ritmo y te servirá de referencia. Yo, me sirvo de los chicos estos keniatas, para orientarme, al principio. Ya verás, son unos figuras y no tardarán mucho en pasar a la cabeza. Qué tíos: no sienten ni padecen", concluí.

Ella, se echó a reír de mi comentario final a cerca de los africanos, y dijo, entre sonrisas:

- "Hombre..., algo menos, será, digo yo. Que son personas como los demás".

- "Sí..., sí..., como los demás, dices. ¿No ves como conversan sin problemas, y van señalando los edificios, y las cosas que les llaman la atención? Ni se acuerdan de que están corriendo. Seguro que hasta les jode que sólo nos falten ya..., 40 kms. nada más, cuando yo, si lo pienso, me entra vértigo, y prefiero olvidarme de la cifra de kilómetros

pendientes", le confesé.

- "A mí, siempre me ha pasado eso cuando he corrido en pruebas largas y, si he seguido adelante con los kilómetros que quedaban es porque soy muy testaruda. Así que ni te cuento, si me pongo a pensar en la tristeza que a los negros esos les da el que, ya mismo esté el Finish ahí, tan cerca", y sonrió con ironía. "Total..., ¿qué son tres horas más, corriendo?", terminó de decir.

Yolanda y yo, intentábamos mantener la distancia con los keniatas y en ese empeño, vimos como se iban quedando atrás el grupo de amigas de Yolanda; los japoneses habían desaparecido de nuestra vista y, a los chinos, que parecía hubieran acelerado por ir a comprar más tabaco, ya los estábamos rebasando en ese momento en que pasábamos junto al estadio del Bernabéu, a nuestra derecha. Ellos, me reconocieron y me sonrieron, mientras me decían ahora: "Tobacco..., no good". Les devolví la sonrisa y les señalé el estadio: "¡Rial Madruid..., Rial Madruid...!", con una pronunciación medio inglesa, del nombre del equipo más conocido del mundo, para que ellos lo entendieran mejor. "Bonitta..., bonitta...", contestaron los chinos levantando el pulgar y señalando el estadio.

Pero los ritmos dispares de los keniatas, del nuestro, y del de los chinos, nos fueron separando y otros grupos y corredores solitarios, rellenaron los huecos que quedaban sin ellos.

- "¿Y tus amigas?", le pregunté a Yolanda.

- "No aguantarán mucho, porque no se entrenan. Ellas, han venido a pasárselo bien esta noche, con la excusa de la prueba, nada más. Acabarlo..., ni de coña", contestó Yolanda.

- "¿Y tú?", continué.

- "Yo sí que la acabo, ya lo verás", dijo ella orgullosa.

- "De eso estoy seguro. Pero te preguntaba por si también habías venido a pasártelo bien, esta noche, con la excusa del maratón", y me salió una risa pícaro.

- "Hombre, claro. Y a conocer Madrid, o un poquito de Madrid. Lo más divertido que tenga en la noche. Si encuentro un anfitrión adecuado", dijo Yolanda, sonriendo con lo que parecía un aviso para navegantes.

- "Pero... ¿y, ellas...?", refiriéndome a sus amigas.

- "Ah..., no problem..., ellas, ya saben buscarse solitas la vida, ya", dijo

ella.

- "Pues luego hablamos de la noche. Ahora, vamos a centrarnos en esto, que los chinos ya están otra vez aquí, y me jodería que unos fumadores empedernidos como ellos, me ganaran. ¿Aceleramos..., puedes?", le pregunté a la chica.

- "Creo que sí. Marca tú el ritmo, y te sigo", asintió Yolanda.

Estas pruebas largas, en donde habitualmente uno está concentrado consigo mismo y con el objetivo marcado en llegar, cueste lo que cueste, invitaban a reflexionar sobre las cosas, sobre la vida, sobre el sentido del sufrimiento voluntario y su finalidad que, en mi caso, era la de sentir amigos a mi alrededor.

Lo que no me atrevía, o no necesitaba hacer en mi vida ordinaria, contactar con desconocidos, aquí me salía de forma natural, como si el hecho de pertenecer a un grupo enorme, supusiera que la barrera de la desconfianza previa a lo desconocido, aquí, se rompía.

Y con las chicas, en mi vida diaria pues no hacía nada por ligar con ellas, a no ser que fuera ello como una prolongación más de la relación con las compañeras del trabajo. No, no era timidez en mi caso. Era una independencia que me impedía ir a construir relaciones como objetivo, y con ese sólo único fin. No iba a discotecas, porque allí sólo se iba a eso, y yo no necesitaba hacerlo así. Me sentía ridículo entrando en ese juego de me mira, qué quiere, voy a ver, me invitas, no bailo, o estoy con las amigas. Odiaba el no acertar con la elegida y tener que retirarme humillado, porque así me sentía. Y los otros, siempre me decían: "Chico, pero el juego es así: si lo logras, bien. Y si no, a por la siguiente", y no entendía esa resignación que el resto de mis compañeros de trabajo aceptaban con total naturalidad porque la cosa fuera así, que esas relaciones medio se rogaban..., y se ganaban, o no. ¿Era un bicho raro, distinto a los demás?

Seguíamos avanzando y un poco más adelante, ya se veía el giro que los corredores que bajaban en dirección contraria y paralela a nosotros por la otra calzada de la Castellana, habían hecho hace un rato. Seguro que los keniatas, irían en ese tramo, ya.

- "¿Cuánto llevamos ya, Juan?", me preguntó Yolanda.

- "Pues estamos llegando al kilómetro 7, pero no lo pienses. ¿Cómo vas?", le pregunté al contestarle.

- "De momento bien, que decía el que estaba cayendo del rascacielos, al pasar por el piso 48, cuando le preguntó un vecino asomado a la ventana, viéndolo caer", dijo con fingida resignación la chica. La verdad era que se

la veía muy bien, aunque quedaba mucho por delante. Yo, me reí de la ocurrencia de Yolanda.

- "Venga, no seas tan humilde que se te nota que te va la marcha. A esta marcha, me refiero", dije tirando de ironía. "Oye... ¿y tus amigas?"

- "Como son unas perracas, ya se habrán parado en algún bar, a tomarse un cerveza y habrán mandado a cascarla los dorsales, y estarán vacilando con algunos chicos, con sus pantaloncitos sexys, muy cortos y ajustados. Porque era lo único que les preocupaba cuando fueron a comprárselos. No piensan más que en los tíos..., qué cabronas", y se sonrió al echarlas en falta.

- "Son diferentes a ti... ¿eh?", le pregunté.

- "Sí: yo, sin que nadie me lo mande, soy más responsable, más hormiguita, más mirada. Pero... ¿ellas?: mi contrapunto, afortunadamente. Me contagian su forma de disfrutar de la vida, y lo necesito. Me lo paso muy bien con ellas, aunque a veces, se pasan un montón. Y me toman el pelo, con mi forma de ser, pero me quieren mucho y, yo, a ellas. Son muy divertidas. Supongo que algún día sentarán la cabeza, les digo. Sí, mamá, me contestan", y se rió Yolanda.

- "¿Qué hacen, además de pasárselo bien..., trabajan, estudian...?", le pregunté interesado.

- "Sí, sí, todas trabajan, si son unas cerebritos en lo suyo, y ganan pasta las tías, pero lo de ahorrar para la vejez..., como que no va con ellas. Ellas..., marcha, marcha, cervezas y ligués del sábado noche. Responsabilidades, las justas, dicen. Perracas..., perracas. Te lo digo yo", y las últimas palabras de la chica, me pareció que le salían un poco forzadas con su respirar profundo. Al notárselo, le pregunté:

- "¿Cómo vas?"

- "Pues bien, pero aún podríamos acelerar un poco más el ritmo y coger la zancada de ese grupo de daneses que van ahí delante y que hasta hace poco, aún iban a la par nuestro. Sólo van un poco más rápidos ¿no?", dijo ella. Y añadió: "Digo que son daneses por la bandera de las camisetas. Igual son jamaicanos, disfrazados". Sonreí. "Y tú, Juan... ¿no tienes amigos en esto?"

- "En esto..., ¿en la carrera, quieres decir?". Yolanda, movió la cabeza afirmativamente. "Pues a todos los considero amigos cuando corro y ya conozco a varios de otras carreras y años. Pero luego, aparte de darnos las señas, los teléfonos, los correos y que cuando vengas por Valencia no te olvides de llamarme y nos tomamos un café..., pues que luego no ocurre porque, ni voy a Valencia, ni lo llamaría si fuera, seguramente. No,

no suelo tener muchos amigos. No creas, yo, envidia a los que enseguida se involucran y empatizan, se dice así ¿no?: empatizan con los demás. Pues eso, que tienen facilidad para hacer amigos. Yo, soy más bien de tener muy buena relación con mucha gente. Igual eso es ser amigo y yo no lo sé". Y noté que Yolanda se me estaba adelantando un poco, y apreté el paso.

Ese paso más ligero, nos obligó a un rato de silencio y meditación, corriendo a la par, como si ninguno quisiéramos perder la compañía del otro y, rebasados los 10 kms. de carrera, al poco, giramos a la izquierda para tomar la calle Raimundo Fdez. Villaverde, dejando atrás Bravo Murillo.

- "Juan..., que si quieres ir más rápido, que no te quedes atrás por mí, tú sigue y ya, si eso, te doy la dirección de Valladolid por si vienes por allí algún día y nos tomamos un café", dijo ironizando con mi explicación sobre mis promesas incumplidas tras las carreras, de hacía un rato.

- "No, que no voy muy sobrado como para dejarte atrás. Me parece que tú escondes más energía de la que muestras, y me estás haciendo sudar, no creas. Y si me das la dirección tuya de Valladolid, ten por seguro que voy. Que será rarito pero, tonto, no". Me estaba empezando a gustar, desde hacía un rato. Ella, se calló y no dijo nada más.

La pancarta del km. 12, nos vio pasar en silencio porque el esfuerzo nos obligó a emplear el aire sólo para alimentar a la máquina y, hablar..., nos costaba. A algunos de los corredores rebasados o que nos rebasaban, los iba reconociendo y nos dábamos una palmada a modo de saludo, que evitaba usar la palabra y caer en la tentación de preguntarnos por las cosas acaecidas en nuestras vidas, desde el anterior maratón en el que nos encontramos. A eso, añadíamos un gesto de la mano derecha con el índice extendido apuntando a la izquierda, y lo enrollábamos en el aire como queriendo decir "luego, en la meta, hablamos", que era más un adiós hasta la siguiente prueba, porque en la meta, era casi imposible que volviéramos a coincidir, entre tanta gente, de participantes y familiares. Y al pensar en ello, me entró un poco de miedo que con Yolanda, me pudiera pasar lo mismo, sin que los datos de Valladolid, me los hubiera dado antes.

Zancada tras zancada, ella seguía a mi lado, o yo al suyo, no estaba muy claro quién seguía a quién, y pensaba que en otras ocasiones había trabado relación con alguna chica, pero nunca me había pasado el que me preocupara qué pasaría con ella, al acabar la carrera.

- "Yolanda..., estoy pensando que como luego, en meta, igual nos perdemos de vista, pues que si no estabas hablando en broma, antes..., que si quieres, te hago una llamada perdida a tu móvil, y se quedan registrados los teléfonos de ambos. Bueno..., si es que quieres que si voy

por Valladolid, nos tomemos ese café. Me apetecería verte otra vez, después de esto, si no te importa", le dije.

- "Ah..., no, que sí, que hablaba en serio aunque no pensaba que tú me hicieras mucho caso. Bueno, espera, saco el móvil y dime tu número y te hago la llamada yo a ti, que da igual", dijo ella, aliviándome de las dudas.

Así que eso hizo. Dejó que sonara un poco en mi móvil su llamada, y lo apagó.

- "Bueno, seguimos juntos, de todas maneras, ya que nuestras fuerzas están parecidas, por lo que veo", le dije, y comencé a interesarme un poco más, de cómo era ella, en el físico.

Y vi que era guapa, morena, un pelo abundante recogido en una coleta que, incansable, trotaba con ella en cada zancada. Su cuerpo era menudo, y musculado bajo la tensión de la carrera. Sus tetas de caracola, ni se canteaban con aquél sujetador de bronce que debía de llevar "para la comodidad de las deportistas", que habría comprado en Decathlon, junto con el resto de su vestimenta. Y sus piernas, de piel lisa y brillante, avanzaban con decisión hacia el km. 42,195, como si nada la distrajera de ese fin. Daba sensación de obstinación en sus decisiones tomadas y, eso, me gustaba.

Después de pasar el km. 15, vimos que había una mesa donde se podía tomar bebidas, así que le pregunté si quería beber y me dijo que sí. Yo también tenía sed, de modo que nos pedimos dos botellas de medio litro de bebida energética, y mientras la bebíamos, seguíamos en movimiento para no dejar enfriar los músculos.

- "¿Dónde trabajas?", se interesó ella, con una respiración un poco forzada.

- "En una oficina técnica, como ingeniero. Nuestros clientes son empresas que no tienen su propio departamento de diseño técnico y nos plantean cómo llevar a cabo alguna idea que tienen ya, o problema técnico que resolver. Y no estoy casado, ni tengo hijos, tengo un buen coche y, el piso, pagado". Y tomé aire, porque todo aquello soltado así, en anaerobia, no me dejó fuerza ni de sonreírle, para que viera que le hablaba en broma. "¿Y tú...?", y aún añadí: "Funcionaria..., seguro, ¿a que sí?"

- "¿Tanto se me nota...?. Pues sí, en el Ayuntamiento de Valladolid, en el departamento de Hacienda y Economía. O sea, donde manejamos la pasta. Qué... ¿seguimos corriendo, o terminamos de rellenar los currículos?"

- "Seguimos..., va", le dije yo. Y sin más preámbulos ni preguntas, continuamos la carrera. La verdad es que los que ven la carrera desde la

barrera, solo ven una masa que avanza, gracias a la suma de todos los esfuerzos por acabarla, que es un objetivo poco humano, si con ello das por sentado que a los humanos sólo nos mueve un beneficio inmediato, como les pasa a los animales: comer, aparearse y reproducirse. Pero...¿y correr más de 42 kms., sólo por demostrarte a ti mismo que lo puedes hacer? Porque aunque seas de los primeros..., sólo te cascarán una copa de metal, que se llenará de polvo en la estantería en la que la pongas y con la que, como mucho, sólo podrás chulearte ante los amigos y familiares de que "yo estuve allí, y gané" ("o participé hasta el final", si es la medalla que te llevas de recuerdo), como un premio adicional y en diferido.

Bueno, a lo que iba, que los que estamos dentro de esa masa que se estira a medida que va pasando el tiempo, y 35.000 personas es mucha gente cuando estás en medio, donde te sientes como si fueras parte de un mucho, formado por demasiados nada anónimos. Pero todos sienten como tú, y te notas crecer en ese dejarte arrastrar por la fuerza contagiosa del todo. Y cada uno de ellos..., pues un amigo fugaz de unas tres horas. Y aunque tengas un año por delante para meditar si esto tiene sentido, estás deseando que pase pronto para verte otra vez en ella. No esperas tanto, porque otros maratones en otras ciudades, te congregan de nuevo y vuelves a ver a otros muchos de los enganchados a lo mismo que tú. Pero mi ilusión es la de Nueva York. Y sé que la haré, aunque sea sólo por cruzar el puente ése hasta Staten-Island, con esa imponente subida inicial para dar luz al puente y permitir que las grandes barcos transiten bajo él.

- "Yolanda... ¿tú has estado en Nueva York?", le pregunté, mientras pasábamos junto a la pancarta del km. 20. La temperatura era fresca y eso ayudaba a soportar el esfuerzo.

- "No. Y esto..., ¿a qué viene ahora?", dijo ella sin comprenderme, claro.

- "Es que el 6 de noviembre, es la maratón de Nueva York y es mi ilusión desde hace muchos años, el correr en ella. No creo que este año pueda, por el trabajo, el dinero que hace falta, y eso..., pero sé que la haré algún día. ¿Querrás venirte conmigo, cuando pase eso?", le dije, como quien invita a alguien a un plato de gambas a la plancha, a lo que nadie en su sano juicio diría que no.

- "Juan..., aún no he acabado éste en el que estamos metidos..., y ya me propones, sin saber si lo voy a acabar, que me apunte a uno de Nueva York, porque piensas que tiene que ser la hostia. ¿Qué había en el Powerade ese que te has tomado antes?", dijo ella, con una sonrisa que parecía un "me lo pensaré".

- "¡Jo, tía!, es que tú no sabes lo que es eso. Bueno, yo tampoco, más que lo que he visto por la tele. 50.000 personas corriendo por el puente ése

tan famoso que sale en todas la películas. Y yo creo que tú estás preparada para terminar este de Madrid, ya lo verás, se te nota. Y aunque todos miden esos mismos 42 kms., los paisajes urbanos, cambian. Y la luz de Nueva York, en noviembre, se ve muy chula, con los rascacielos, y todas esas barquitas, que vistas desde el puente que cruza la bahía, parecen de juguete, sonando sus sirenas y lanzando los chorros de agua, cuando pasan los corredores...; no me jodas que eso no tiene parecido con ningún otro, excepto por la distancia a recorrer. ¿Qué me dices?", y me salía todo ese borbotón de palabras, como si el respirar no fuera necesario, con la emoción de verme ya allí, y... no, solo. "Y si vinieras, les jodíamos los números redondos de cada año, ya que seríamos 50.002 participantes", dije añadiendo una gracia a mi fantasía neoyorquina.

- "Es una buena razón de peso, eso último. Lo pensaré", me dijo Yolanda, mirándome de reajo con una expresión de "qué loco estás", y sonrió.

Ay..., esa sonrisa de complicidad con mi personalidad un poco excéntrica..., me estaba poniendo bien a prueba el si, a pesar de Yolanda, sabría manejar después, y con libertad, mi independencia. Algo me decía que no. Y la seguí mirando de reajo, viendo cómo su coleta sujeta con un elástico de colores llamativos, subía y bajaba al ritmo de la marcha. Y vi el sudor que bajaba desde su nuca tensada con su pelo atado, que hacía brillar la piel del desfiladero entre sus omoplatos y continuaba su descenso hasta sabe Dios dónde, bajo su camiseta. Qué bien le quedaría la luz de noviembre, en Nueva York.

Rebasamos el km. 32 y dejamos atrás el paseo de la Ermita del Santo, para encarar a la izquierda, el puente de San Isidro sobre la refrescante imagen del río Manzanares, donde los patos, ajenos a nuestro esfuerzo, dibujaban estelas en ángulo agudo al avanzar buscando qué comer, entre los carrizos.

- "Yolanda..., que ya no quedan más que 10 kms. ¿qué tal vas?", le pregunté, a pesar de que la veía muy bien, con un respirar muy acompasado y un gesto de la cara, relajado, aunque muy concentrada en sus pensamientos. Pero necesitaba oírla hablar y por eso le hice esa pregunta, con un innecesario deseo de animarla, que no precisaba.

- "Bien, me siento bien, mejor de lo que imaginaba, yo creo que podré terminarlo sin problemas", y nada más decir esto, se sonrió como si recordara algo gracioso en ese momento.

- "¿Qué pasa?", le dije al ver su sonrisa tan marcada.

- "Nada..., las perracas de mis amigas, que no paran de mandarme whatsapps, imagino que para cachondearse de mí, porque seguro que estarán cascándose unas tapas y unas cervezas, de no te menees, por la hora que es. Es que me noto en el brazo, cómo no para de vibrar el móvil,

y serán esas cabronas, como si las viera. Una de las veces, sí que han sido ellas, así que no les haré ni caso. Cuando lleguemos a la meta, me haces unas fotos y se las mandaré para que vean que su Yolandica, tiene más cojones que ellas. Me tratan, como a una chica pequeña", dijo sacudiendo la cabeza y sonriendo orgullosa, como diciendo: "son únicas".

- "Vale, pero te haces también unas fotos conmigo, para que vean que has ligado, aunque si son tan malas como dices, igual se te ríen más, si piensan en la paliza que te has metido y, encima, con mi compañía", le dije yo en broma.

- "Vale", me contestó, y se quedó callada, sin añadir nada más. ¿En qué iría pensando?, me preguntaba.

Ya íbamos a alcanzar el km. 37, por la Ronda de Valencia y allí ya girábamos hacia arriba, para coger el Paseo del Prado, por el lado paralelo al que a las 9,05 h., habíamos salido con igual sentido de la marcha. Nos quedaban aún unos 5 kms., pero la meta ya la sentíamos a mano derecha, en medio del Parque del Retiro, a menos de un kilómetro en línea recta desde donde estábamos ahora. Y la sentíamos, porque oíamos los aplausos y la megafonía, obsequiados a los que debían de estar entrando los primeros de toda esa masa que se había ido estirando, y entre los que estarían, seguro, los keniatas.

- "¿Oyes ya el bullicio de la meta, Yolanda?", le pregunté feliz, como si los últimos 5 kms., no faltaran de recorrer, todavía.

- "¿Tan cerca estamos?", dijo ella sorprendida.

- "En línea recta, sí; pero esta gente aún nos obsequia con un poco más de turismo a pie, para que no nos perdamos ni un palmo del barrio de Salamanca. Así que nos queda sólo..., el postre más chic y, ya, en casa". Y nos salió a los dos, sin pensarlo, chocarnos las manos en el aire, como si fuera un, "¡prueba conseguida!".

Seguíamos corriendo para internarnos en el barrio más lujoso, y al hacerlo, nos volvíamos a alejar de la meta, apagándose las megafonías estridentes e íbamos contemplando los edificios con solera de esta parte de la ciudad. Y ahora sí, girando en la rotonda del Marqués de Salamanca, el cartel de km. 41 nos enfiló rectos, hacia el Retiro.

Ya no sentíamos el cansancio sino la necesidad de llegar y traspasar la puerta hinchable que enmarcaba el km. 42,195 del recorrido, con la palabra "Finish", en el idioma universal. Nos mirábamos, y sonreíamos de la emoción por la hazaña que, para Yolanda era la primera tan larga. Aunque lo que nos decíamos, no servía para nada, engullidas nuestras palabras por los aplausos, la megafonía, las sirenas de las motos de la policía que iban a la par nuestro y, ya mismo, ahí estaba la meta en

donde los organizadores trataban de que los corredores llegados y sus familiares, dejaran sitio para los que continuarían llegando. Y cruzamos la línea.

Nos echamos a un lado, siguiendo los ruegos que surgían de los altavoces, y Yolanda se quedó descansando, apoyadas sus manos sobre sus rodillas y el cuerpo doblado por su cintura. Esperé unos instantes y cuando levantó la vista, me miró, sonrió y de un salto, me abrazó por encima de mis hombros y con sus piernas, me rodeó la cintura, quedándose colgada de mí, de la emoción por lo que había conseguido hacer. La apreté contra mi cuerpo y me gustó ese suyo menudo con el que me rodeaba. ¿Cuánto rato estuvimos así? Supongo que no mucho, pero el bullicio era un poco agobiante y decidimos que nos íbamos de allí. Recogimos las medallas de recuerdo para los participantes, muy chulas, unas botellas de agua y algunos paquetitos de gel energético para reponernos.

- "¿Qué..., contenta?", le pregunté. Y vi que ella, sólo movía afirmativamente la cabeza, porque estaba llorando de la emoción sin creerse aún que aquello fuera verdad. Yo la abracé, y ella se dejó abrazar por mí. "Vamos, Yolandica, que tienes que llamar a tus amigas y contarles lo que has conseguido mientras ellas disfrutaban de la vida, a su modo".

- "Sí...", dijo, intentado no llorar y recuperar su compostura. Y estuvo un rato leyendo y mandando whatsapps y al final, me dijo:

- "Vamos, que nos esperan en la terraza de un bar que debe de estar cerca de aquí, en la calle Sainz de Varanda y Menéndez Pelayo, al lado del Retiro, me han dicho. Lo miramos en Google Maps y vamos para allá", me dijo.

- "Yo..., ¿también?", insistí.

- "Sí, que quieren conocerte porque les he dicho que he ligado con un corredor muy guapo. Ya están todas alborotadas, me han dicho, imaginando hasta mi despedida de soltera por las calles de Valladolid. Qué locas que están", terminó con una sonrisa y una pícara mirada.

Pues nada, para allá fuimos cansados pero felices de haberlo logrado, y conocí a las locas esas de sus amigas, muy divertidas, y muy desvergonzadas. Seguro que las cervezas les estaban dando alas. Eran, tal cual las había descrito Yolanda.

.....

Diario de Juan: viernes, 4 de octubre de 2016:

"Cómo va pasando el tiempo desde esa carrera en que nos conocimos Yolanda y yo: seis meses transcurridos de nuestras vidas.

Pero cumplí mi palabra de tomarnos un primer café en Valladolid cuando fuera, porque quise ir a verla, y volví dos, tres, diez..., todas las veces que hizo falta hasta que se enamoró de mí, tanto como yo de ella. Y todo, por su coleta y sus pantaloncitos cortos del día de la maratón de Madrid. Luego, iría descubriendo muchas más razones para ello.

Y aquí estamos, hoy, en su piso de Valladolid, metiendo las tarjetas de invitación a la boda que será el próximo día 29 de octubre (nada, 25 días nos faltan), aunque ya todos los invitados lo saben, y repasando también los preparativos que conlleva una boda, que no pretende ser muy ortodoxa. Miedo me dan sus amigas, porque sé que no paran de pasarse whatsapps para armarla en la despedida de soltera que le están preparando, y porque le toman el pelo diciéndole que ahora sólo se casan las pringadillas. Pero adoran a su amiga madre-niña pequeña y, Yolanda, sigue ejerciendo con ellas esos dos papeles que le han asignado.

Y lo mejor que os quería contar: nos vamos de viaje de novios a Nueva-York, y estaremos en el maratón del día 6 de noviembre, pero sólo como espectadores de él, situados en el puente de la bahía ¿os imagináis? Yo, ya veo el reflejo del sol dorando las aguas esas, a las 9 de la mañana, y sólo de imaginarlo así, alucino. Espero que la realidad no me defraude.

Pero este año no podremos correr en él, porque Yolanda está embarazada por culpa de uno de nuestros últimos apasionados encuentros en Valladolid, donde aquella noche ya todo nos dio igual y sólo pensamos en amarnos. Y hasta puede que ambos deseáramos que sucediera así, porque estamos muy ilusionados. De modo que si todo sale bien, cuando sí corramos al año que viene allí, ese maratón, nuestro... lo que sea, tendrá para entonces seis mesecitos. Supongo que dejaremos al bebé con los padres de Yolanda porque ya hemos decidido que sí, que lo correremos y que cruzaremos el puente Verrazano-Narrows, hasta Staten-Island y sabremos qué se siente al trotar por el punto más alto de la calzada del puente, sobre aquella bahía dorada por la luz del sol en su ascenso".

F I N

